

Emilia Delgado Carballo, paradigma en la enseñanza de la literatura

Autora: MSc. María Carolina Mora Herryman

Centro de procedencia: Universidad de Ciencias Pedagógicas "Rafael María de Mendive"

Email: mcmora@ucp.pr.rimed.cu

No pocas generaciones de pinareños le debemos el gusto por la literatura y el arte. Al llegar a las aulas del bachillerato sorprendía con un cuestionario que, por supuesto, debíamos responder y entregarle; a partir de ahí, infería muchas cosas sobre nosotros y aprendía a conocernos. Todavía no se hablaba de diagnóstico, pero ya ella lo hacía. Simplemente era la doctora Emilia, así sin más. Claro que tenía apellidos, pero no le hacían falta; todavía hoy, ese nombre evoca un tiempo y un espacio inigualables y prodigiosos, en el recuerdo de los que tuvimos el privilegio de ser sus discípulos.

Emilia Delgado Carballo, profesora de Literatura y Español del Instituto de Pinar del Río es, por antonomasia, paradigma de lo que en realidad debe ser una profesora de estas materias. Sus clases eran un derroche de sabiduría y nos parecía que sus conocimientos eran infinitos y creo que ciertamente lo eran; pausadamente, sin alardes y con un tono particularmente bajo, escuchábamos sin movernos casi sus agudos criterios sobre Homero, Shakespeare, Lope de Vega, Cervantes, Balzac, Molière,..., pero además y esto es lo más importante, aprendimos a degustar sus obras, a descubrir sus esencias, a hacernos singularmente de las interrogantes universales, a leer, a investigar y, en fin, a ser verdaderos estudiantes de Literatura con una envidiable como se le denomina hoy, competencia literaria.

En los largos mediodías nos hacía escuchar (no existían otros medios que el tocadiscos o la grabadora) los poemas de Lorca, de Guillén, La vida es sueño, Fuenteovejuna,...hasta que lograba identificarnos con aquellas joyas de la Literatura Universal y nada de protestas; había que oírlas para educar el gusto y afinar la sensibilidad y después, nos percatamos de la eficacia del método.

El pequeño privado, inmediatamente al lado del aula donde impartía sus clases (era esa y no otra), repleto de libros y papeles, estaba siempre lleno de estudiantes que queríamos saber más, preguntarle o solamente escuchar sus puntos de vista sobre disímiles cuestiones. Nosotros, diletantes e incipientes críticos entonces, nunca hemos olvidado su sabio consejo ante una obra de arte: "nunca digan que es mala; simplemente digan me gusta o no me gusta".

Por otra parte, su labor docente no se limitaba al aula, los pasillos, el privado o la sala de proyecciones. Fue la fundadora de los llamados y famosos "viernes culturales" (en los que la calidad señoreaba), de un grupo de teatro estudiantil (Gerard Phillipe) en el que se representaban, como extensión de su enseñanza, La zapatera prodigiosa, Doña Rosita la soltera, El retablo de las maravillas, Seis personajes en busca de un autor, Madre Coraje, y los fantasmas de Lorca, Calderón, Pirandello, Brecht y tantos otros, revoloteaban sobre aquellos artistas sin otro conocimiento acerca del género que los que Emilia aportaba sagazmente y el entusiasmo que su presencia y su estímulo provocaban en todos. En las tertulias sabatinas de su casa de Yagruma, aderezadas con té oloroso a hierbas, conocimos por primera vez la poesía de Dulce María Loynaz y

nos convertimos en sus irreversibles admiradores.

En las Escuelas al Campo (que nosotros inauguramos), sin quejas y sin poner objeciones de edad, trabajaba y enseñaba sin paternalismos perjudiciales, en cada minutos de aquellos días luminosos y por ello, era respetada y querida tanto por los estudiantes, como por el claustro de profesores y trabajadores del Instituto. De igual forma, sus clases eran esperadas con deleite y sus exámenes bien temidos, porque en ellos había que demostrar conocimientos, independencia cognoscitiva y memoria de datos imprescindibles para la asignatura. Obviamente, las calificaciones no admitían réplica y otorgaba a cada cual lo que correspondía, sin titubeos inútiles, que enseñaban el verdadero rigor de una evaluación.

En fin, serían innumerables las anécdotas sobre ella que llenarían un libro, pero no para este pequeño espacio en el que la Doctora Emilia, evocada desde la nostalgia, pero sin que esto melle la objetividad de los recuerdos, continúa siendo ejemplo de magisterio. Cualquiera de los que sus manos de artista moldearon, que somos muchos, tienen seguramente un pensamiento eterno, alentador y grato hacia su pequeña y aparentemente frágil figura física y hacia sus enseñanzas, como profesora de tantos jóvenes pinareños a los que hizo, sin lugar a dudas, mejores desde su cátedra.